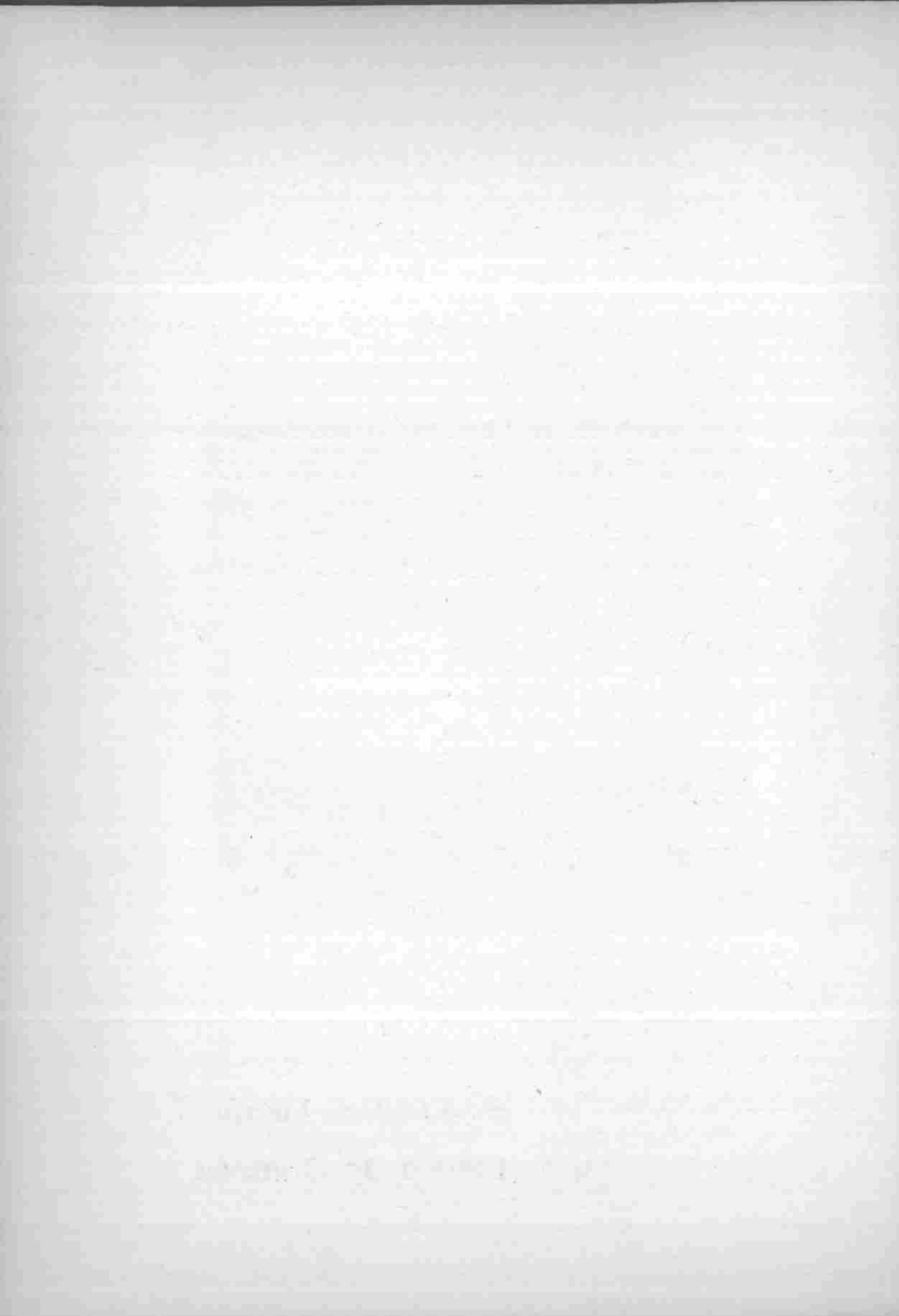


**Sogamoso, Monguí
y la Piedra de Gámeza**



CAPITULO XXIII

La villa de Sogamoso es el centro de un cantón que en ciento veinticuatro leguas cuadradas de territorio sustenta 53.400 habitantes agricultores y manufactureros, para lo cual tienen singular disposición. La tierra les produce diez calidades de frutos propios para los cambios de la feria semanal, además de la muchedumbre de artículos menores adecuados al consumo inmediato, y que por razón de su naturaleza poco durable no se introducen al comercio; las manufacturas surten los mercados con loza vidriada, jabón, pieles curtidas, lienzos, bayetas, ruanas, sobrecamas, toallas, pellones de cerda, sombreros de ramo y lana, zapatos, alpargatas, zamarros y algunos productos de herrería; finalmente, la ganadería se encarga de engordar las reses importadas de Casanare, y ofrece a los tejedores el abundante vellón de las ovejas, parte de las cuales son merinas. Este solo cantón sostiene con su industria interior un comercio activo con las provincias de Casanare, Vélez, Socorro, Tunja, Soto, Pamplona, Santander, Bogotá y las del Magdalena, no obstante que lo frágil de los caminos duplica las distancias y acrecienta las dificultades y gastos de transporte; así como lo imperfecto de las máquinas, si máquinas pueden llamarse unos aparatos sumamente toscos, les hace consumir en la fabricación de los artefactos diez veces más tiempo del que emplearían si una mano patriótica y protectora les diese instrumentos que les facilitara la preparación de las primeras materias siquiera, ramo del trabajo en que estos pueblos permanecen tan atrasados como no es fácil creerlo, sin merecer una sola mirada de las cámaras provinciales ni de autoridad alguna, ya que la muy escasa ilustración de los moradores los pone todavía bajo la tutela de los gobernantes locales. La villa es alegre y abierta, si bien se compone en su mayor parte de humildes casas de paja, contrastando con las de teja modernamente fabricadas en torno de la plaza principal. Hay una iglesia pequeña, deteriorada y no limpia, poblada de figurones ridículos, entre los cuales se llevan la palma un san

Isidro cuyo talante anuncia que el santo padeció una grave e incurable enfermedad incompatible con las tareas de la agricultura, y un san Agatón, del color, hechura y fisonomía de los indios puros, vestido como para decir misa y encaramado en un nicho sin título ni credenciales para ello, pues jamás hubo tal santo chibcha. Bueno es que el culto ultrarromano, contemporizador y acomodaticio aun a costa de la verdad, haya encontrado santos hasta en la raza etiópica, sin embargo de que los teólogos dicen que es la descendencia maldita del maldecido Caín, canonizándolos en aquellos tiempos bonancibles en que la libre crítica no existía; pero que ahora nos vengan asomando un santo de contrabando, expresamente fabricado para sacarles el dinerillo a los cándidos indios de la cordillera, no pasa, por sensible que sea el haber de renunciar a la fecunda idea de dotar a nuestros indígenas con un patrono de su gente y familia.

Tres leguas al oriente de Sogamoso y en medio de cerros cortados por torrentes, país solitario y agreste, se levanta un convento edificado por la piedad de los antiguos para guardar un cuadro de la Virgen que pintó el emperador Carlos V, según Piedrahita, o Felipe II, como quiere Oviedo, y lo regaló al pueblo de Monguí, a causa de haber sido el primero que se puso como feudo en la corona de España. Lo mismo fue llegar el cuadro a su destino, que empezó a obrar milagros y atraer la peregrinación de los fieles, con cuyas limosnas se completaron los adornos interiores del templo. La fábrica es de cal y canto curiosamente labrada y repartida en tres naves reunidas por una media naranja. En la fachada sembró el arquitecto multitud de estatuitas y relieves que no carecen de gusto y finura, particularmente la cabeza de serafín, que sirve de clave al arco de la puerta, y los escudos de armas de Aragón y Castilla esculpidos en las dos torres, llevando el primero la inscripción: EMPEZÓSE ESTE TORREÓN A 11 DE JUNIO DE 1699 AÑOS, y el segundo: ACABÓSE ESTA TORRE EL AÑO DE 1715. En lo interior las paredes están totalmente cubiertas por altares al gusto antiguo, sobrecargados de cuadros malos en lo general y algunos muy regulares, en donde se distinguen toques de quien sabía manejar los pinceles; uno que otro es verdaderamente bueno, y lo atribuyen a nuestro Vásquez, sin que por esto ni por su mérito se hayan libertado del más bárbaro trato y abandono, en términos de hallarse casi borrados. Pero nada es comparable al disparate que, desde muy atrás, han cometido con el cuadro de la Virgen, hermoso retablo en que, de tamaño natural, están representados el Niño Dios, su Santa Ma-

dre, y detrás, en media luz bien manejada, san José contemplándolos, formando los tres un grupo de mucho mérito artístico. Pues han tenido valor de inventar *vestidos* para las figuras del lienzo, y coserles encima telas y clavarles joyas, encasquetándoles por añadidura sombreros de tres picos, con que la pintura se ha descascarado, y el bello cuadro se ha convertido en una cosa parecida a los cartones en que los mercaderes ponen las muestras de sus géneros y de las prendas que venden; hecho que, añadido al de descolgar los otros cuadros y sustituirles rama-zón y hojarascas para adornar la iglesia en las fiestas, revela suficientemente en qué manos han caído aquellas cosas. Los mejores lienzos de Vásquez han desaparecido ya, y concluirán todos, sin que en el museo nacional nos quede una muestra siquiera, para recordar a los venideros lo que pudo el genio de un compatriota, a quien llamaría el Caldas de las bellas artes, si el nombre de Caldas no estuviera santificado por el martirio; la iglesia sufre las consecuencias de un abandono completo; el convento anexo, de elegante y sólida construcción, camina prestamente a su ruina, como el triste conjunto de ranchos pajizos que subsiste alrededor del altivo edificio, anuncia la extinción de un pueblo que debió ser considerable y acomodado.

El presbítero José Manuel Prieto es el actual cura de Monguí, por demencia de su antecesor, que anda por aquellos sitios roto y a pie, causando compasión. Anunciámosle nuestra visita desde el día anterior, con ánimo de hacer una exploración detenida en los alrededores, donde aseguran que hay bancos de sal gema, y contando con la hospitalidad del único que en el pequeño pueblo podía dárnosla; pero casualmente tuvo el cura que ausentarse poco después de recibir nuestro aviso, y casualmente las criadas nos tomaron por mala gente y corrían a cerrarnos las entradas, negándonos hasta el agua, y no contestando a nuestros ruegos sino con el ruido de las trancas que arrimaban a las puertas, bien que esto también pudo ser casualidad. En resolución, era más de mediodía y estábamos sin desayunarnos, por lo cual determinamos regresar a Sogamoso, y lo habríamos hecho en aquel estado de penitencia a no habernos deparado Dios un vecino que sabiendo lo que pasaba nos ofreció cordialmente algunas mazorcas de maíz cocidas; era cuanto tenía, y el modo de hacer el obsequio, la necesidad que remediaba y el contraste que formaba la ingenua hospitalidad de su pobre rancho con los sucesos de la casa cural, nos llenaron de agradecimiento hacia

el buen campesino, de quien nos despedimos, dejando a escondidas nuestra ofrenda, en el nicho de un san Antonio.

Volviendo por el camino alto, que llaman, se goza de un admirable golpe de vista al llegar a Sogamoso. Queda esta villa, en primer término, a los pies del espectador, Tibasosa enfrente, Nobsa y Belén a la derecha, dentro de un radio de legua y media, con la llanura, el río y las lagunitas delante de los ojos, como pudiera estarlo un pliego de papel sobre una mesa, notándose claros los vallados, los sauces, los sulcos de las sementeras y los animales domésticos alrededor de las próximas casas, en las estancias y huertas; es una miniatura de llanos y cerros, comprendida dentro de un breve cuadro, con infinitas bellezas de colorido, luz, sombras y paisajes, de una frescura incomparable. Si desde lejos parecen bellas las huertas con sus bosques de árboles de verdor y follaje diversos en cada copa, de cerca encantan con la fragancia de sus primorosas flores y el profuso lujo de frutas europeas y americanas allí reunidas y cultivadas con un saber y esmero dignos de todo elogio; tales, por lo menos, son las huertas de los señores J. M. y Francisco Lasprilla, especialmente la del segundo, entrambos caballeros muy amables, hospitalarios y de modales distinguidos, que graban su recuerdo en la memoria del transeúnte que los conozca y trate.

Hablábamos un día de la piedra pintada de Saboyá, sus signos, orientación hacia la rotura de la serranía por donde salieron impetuosas las aguas que antiguamente ocupaban las planicies de Ubaté y Chiquinquirá y significado histórico de aquel monumento levantado de propósito por los aborígenes bien habrá cinco siglos, cuando uno de los señores que se hallaban presentes exclamó: "¿Quién sabe si no es lo mismo la piedra de Gámeza, que también tiene figuras puestas por los indios, según dicen los que la han visto?" Esta exclamación fue la primera noticia que tuvimos de un hecho a que no daban importancia, pero que para nosotros era capital, por cuanto confirmaba, quizás de un modo no esperado, las inducciones que desde Cerinza veníamos haciendo respecto del origen manifiestamente lacustre de aquellas planicies y la época y dirección del desagüe tan útil para los habitantes de lo alto de los Andes, como destructor para las tierras bajas.

Las nivelaciones tomadas, la inclinación de las capas sedimentosas y la alteración de formas en los cerros inmediatos nos indicaban la salida de las aguas por Tópaga, al nordeste de Sogamoso; y precisamente dos leguas más allá de los molinos, en la

confluencia de los ríos Sogamoso y Gámeza, situaban la piedra con figuras, distando cuatro leguas y media del primero y una legua del segundo de los respectivos pueblos. Sendos chascos nos habíamos llevado ya en otras partes emprendiendo, fundados en noticias y avisos, exploraciones perfectamente infructuosas; pero como ese era nuestro oficio por entonces, y suponiendo un nuevo chasco, el mal quedaría reducido a caminar nueve leguas y ayunar un día, salimos a la jornada.

Hay descubrimientos singulares por el cúmulo de pruebas diversas que suelen surgir como a porfía para sancionar la primera inducción del observador, y al referirlos creeríamos defraudar a su autor, si no siguiéramos paso a paso el hilo de sus ideas. De esta naturaleza es el de la situación relativa, extensión y accidentes finales de los espléndidos lagos que en otro tiempo cubrían gran parte de lo que hoy llamamos provincias de Tunja y Tundama; descubrimiento que recibió su confirmación última con la piedra monumental de Gámeza, y que narraré conforme se halla en una obra que indudablemente y por muchos motivos excitará el interés de los estudiosos cuando pase al dominio del público¹.

“A primera vista sorprende el encontrar en Tundama, dentro de los ramales de una cordillera que soporta páramos de 4.000 metros de altura, extensas planicies unidas y horizontales, en que ríos como el Sogamoso corren perezosamente, girando a derecha y a izquierda, replegándose sobre sí mismos por falta de declive; pero una observación cuidadosa descubre las capas sedimentosas que forman estas planicies, sus ligeras depresiones centrales todavía pantanosas, los montecillos solitarios y torneados que a trechos se levantan, y los derrubios que flanquean los cerros de alrededor, y concluye inmediatamente que en todo aquel espacio reposaron en lo antiguo aguas copiosas, tranquilas y encerradas en un recipiente rodeado de serranías montuosas. El barómetro confirma esta deducción, pues en el Salitre de Paipa da por resultado 2.459 metros de altura, y ocho leguas más adelante, siguiendo el eje de inclinación del plano continuo, en los molinos de Tópaga, da 2.304 metros, es decir, un declive general de 15 centímetros por cada 100 metros; aplanamiento que sólo las aguas residentes pudieran producir.

“Cuando ellas se enseñoreaban de esta comarca pintoresca, presentarían un conjunto verdaderamente bello y grandioso. Ima-

¹ Geografía física y política de la Nueva Granada, por A. Codazzi.

ginémonos un espacio en forma de Y extendida e inversa en la dirección del nordeste. La pierna izquierda empezaba en El Hatico al oriente de Paipa, y concluía enfrente de Sogamoso, donde se unía con la pierna derecha, que comenzaba más allá de Pesca, entrambas de 5 y media leguas de longitud, y casi dos de anchura: el pie terminaba en los molinos de Tópaga con dos y media leguas de largo y una de ancho. Ensenadas tan repentinas como hermosas se hacían en las márgenes del lago, introduciéndose por las depresiones y abras de las serranías: Paipa, Trinidad, Bonza y Duitama formaban recodos sembrados de islitas que hoy son colinas cuya superficie conserva las señales de su antigua inmersión; las explanadas del Salitre, Pantano de Vargas, Mariño, Tibasosa y Suescún eran remansos grandes no interrumpidos por isla alguna. Donde ahora está la villa de Sogamoso, había 194 metros de agua, explayándose con figura de ensenada, como lo atestiguan las capas horizontales de arena y pedrejuelas que se descubren en las alturas inmediatas, y el cerrito redondo empinado por curvas suaves en el llano frente a la villa. No menos bellas serían las ensenadas de Firavitoba, Vanegas, Pesca e Iza hasta el Batán, y las de Nobsa, Chámeza y Belén hacia Tópaga.

“Registrando cuidadosamente las colinas y alrededores de la complicada planicie se hallaron lechos de cantos rodados y capas sedimentosas cuya altura se determinó, y comparada con la de las depresiones centrales, resultó que la mayor profundidad del lago alcanzaba a 254 metros, cubriendo una superficie de 15 y media leguas cuadradas; por manera que lo que hoy es asiento de muchas villas y aldeas donde moran más de 40.000 habitantes y se mantienen 50.000 cabezas de ganado mayor y menor, era en otro tiempo mansión solitaria de aguas dulces pobladas de pequeños peces, sulcadas por aves a las que jamás sobresaltó el estampido del arcabuz, ni acaso perturbó el tránsito de ningún barquichuelo. A la soledad y quietud de este mar andino se ha sustituido la animación de la industria. Los vientos que rielaban la superficie del antiguo lago agitan ahora las sementeras de trigo y los sonoros maizales, y mecen las altas pirámides de los sauces que adornan entrambas orillas del tortuoso y apacible Sogamoso. El hombre y los animales útiles ocupan el suelo desecado y labrado, y el sol de nuestros días alumbrá paisajes que por llevar el sello de la industria humana no son menos hermosos y sí más ricos que los que iluminó en los pasados siglos.

“La historia del desagüe de este lago y de las catástrofes que hubo de causar está, por decirlo así, escrita en los cerros vecinos con caracteres inequívocos. Echando una ojeada a la provincia limítrofe de Tunja, se viene en conocimiento de que en ella, como en la de Tundama, existía un sistema de lagos a mayor altura, contenidos por barreras que en cierta época fueron sucesivamente rompiéndose hasta derramar el último sobre el de Sogamoso por Paipa. Cerca de este pueblo hay un alto relieve llamado Lolabonita, donde en 1819 estuvo acampado el ejército español que después sucumbió en Boyacá; forma un estribo chato, casi separado de la serranía, compuesto de capas horizontales de tierra desprendida de los cerros vecinos, acarreada por las aguas pluviales y asentada por alguna corriente giratoria del lago en aquel recodo. Sobre esta loma se encuentra una larga faja de cantos rodados, sin cimienta ni analogía con el resto de la estructura; cantos evidentemente acarreados y arrojados allí por las aguas del lago superior de Tunja cuando cayeron a la cuenca del Sogamoso. Hállanse a 2.530 metros 3 centímetros de altura sobre el nivel del mar, siendo la de la plaza de Paipa 2.459 metros 7 centímetros, lo que significa que encima del asiento de este pueblo hubo 71 metros de agua. Mas no fue solamente de Tunja de donde vino la irrupción de aguas extrañas, sino también del próximo lago de Santa Rosa; porque cerca de Duitama, 50 metros a la izquierda del camino que de este pueblo conduce a Santa Rosa, se ve patente el derrame de aquel lago sobre el inferior. La plaza de la mencionada ciudad tiene 2.591 metros 9 centímetros de altura, y en lugar del derrame hay, a 2.656 metros 1 centímetro de elevación, un lecho de cantos rodados, manifestando que las aguas tenían 70 metros de profundidad en Santa Rosa, mientras la altura de la planicie triangular de Duitama sólo alcanza a 2.510 metros.

“Cuando esa masa de aguas adventicias cayó sobre el lago de Sogamoso, tuvo éste un enorme y repentino aumento de caudal, sobrepujando sus antiguas barreras, que lavadas en la cima y empujadas a la parte de Tópaga con la inmensa fuerza de presión horizontal de todas las aguas reunidas, cedieron al fin y abrieron paso al tumultuoso diluvio que llevó la ruina a las comarcas de Gámeza y Chicamocha. Las serranías de Tópaga se ven destrozadas y hendidas en la dirección norte-noreste, y bancos de guijarros redondos se encuentran a 2.569 metros de altura en parajes por donde jamás corrieron ríos y en línea de tránsito de las grandes aguas desencadenadas que labraron la profunda

cortadura por donde se despeña el Sogamoso. Sus tributarios Monguí y Gámeza, represados por la inundación que tropezó de frente en un poderoso nudo de cerros cercanos al actual pueblo de Gámeza, hallaron después un salto en la desembocadura sobre el hundido Sogamoso, y por la naturaleza deleznable del suelo derribaron el paredón del salto y siguieron derribando los que sucesivamente iban quedando hacia las cabeceras, hasta formarse un nuevo cauce rápido y muy inferior al antiguo. Así lo demuestran los restos del lecho primitivo que se ven a muchos metros sobre el nuevo, los grandes derrubios que cercenaron los cerros ribereños y los extraños peñascos sembrados a lo largo y dentro de dichos ríos.

“Colocado el observador en la confluencia de los ríos Gámeza y Sogamoso ve al suroeste patente la rotura del extenso lago, cuya configuración y accidentes acaba de estudiar en medio de las planicies; contempla la ruina espantosa de un ramal entero de la cordillera; traza los límites y el volumen de la terrible inundación, y le parece asistir al sublime espectáculo del diluvio parcial que arrastró montañas enteras y talvez arrancó de sus bases la comarca llamada *Chicamocha* por los aborígenes, de la cual sólo queda el nombre, impuesto como un recuerdo a una sección de las ruinas, por cuyo fondo va el río Sogamoso. Al oriente le quedan las serranías colaterales revueltas y destrozadas, cuyos escombros yacen esparcidos a uno y otro lado del Gámeza; a la espalda se alza la mutilada mole de los cerros que recibieron el primer choque del diluvio e hicieron desviar su torrente a entrambos lados.....

“¿Por ventura ningún ser humano presenció esta catástrofe, ningún pueblo fue víctima de la furia de las aguas?

“En la confluencia del Gámeza y el Sogamoso, muy cerca de la rotura del último dique, en medio de una muchedumbre de rocas desprendidas y precipitadas desde lo alto de un cerro estratiforme sobre la vega septentrional del río, a 2.476 metros de altura, es decir, 93 metros más abajo del límite occidental de la inundación, se encuentra una roca de arenisca micácea, de 8 metros de largo y 6 de ancho, en forma de pirámide, con una de las caras principales orientada hacia la rotura antedicha. Numerosos caracteres y jeroglíficos esculpidos a cincel la cubren. Allí está repetida muchas veces la rana perfecta, símbolo de abundantes aguas, según la explicación que el erudito granadino Duquesne hace del calendario chibcha; allí hay figuras de hom-

bres con los brazos levantados en actitud de huir; allí, en fin, signos cuya significación se ignora, pero que sin duda relataban las circunstancias del memorable suceso.

“Existía, pues, un pueblo testigo de aquellos acontecimientos, y bastante civilizado para levantar un monumento que eternizara su recuerdo, y que siglos después ha servido de incontestable confirmación a las deducciones a que el estudio geológico del país conduce al viajero. La relación de la turbulenta muerte de los pueblos barridos entonces de la haz de la tierra pereció para siempre en la destrucción de los archivos y tradiciones chibchas, quemados con el templo de Sugamuxi por los conquistadores castellanos; la piedra de Gámeza es un monumento mudo para la historia indígena, pero expresivo para el observador y elocuente para el geólogo”.

Después de la descripción y medida de los otros lagos, que domina de Busbanzá, Cerinza y Guatavita, concluye:

“Tal era el sistema de lagos andinos, que suspensos en lo alto de las serranías, herloseaban de una manera particular aquellas regiones. Todos desaguaron por la cortadura que abrió el de Sogamoso, y el río heredero de su nombre lleva en los escarpes desnudos que lo encajonan las señales del suceso hasta caer al Sarabita. El lago de Tota es el único subsistente por su peculiar situación, que lo pone fuera del sistema general, y por el desahogo que le proporciona el cauce del Upía.

“Con lo dicho se viene en conocimiento de que el gran desagüe tuvo lugar en una época bien anterior a la conquista de estos países, puesto que los españoles hallaron poblaciones numerosas donde fue mansión de las aguas. En el camino que de Nobsa conduce a Duitama, pasado el de Santa Rosa cerca del río Chiticuí, se ve una zanja de tres metros de profundidad recientemente abierta para desecar en parte el suelo pantanoso, la cual deja visibles las capas componentes, siendo las últimas idénticas a las del fondo de la recién desaguada Lagunaverde del Cocuy; luego podría decirse que éstas fueron también las del fondo del gran lago, y que los tres metros de tierras sobrepuestas eran resultado de los acarreos aluviales posteriores al desagüe que al respecto de seis a siete milímetros de espesor en la tierra depositada cada año, representaría el transcurso de 430 a 500 años después del desagüe; de modo que la ocupación y población de las planicies pudieron verificarse 100 años antes de la conquista, cuya suposición parece en armonía con la edad aparente de la

piedra grabada de Gámeza, y con el estado de cultura en que se hallaron estos pueblos a mediados del siglo XVI”.

Quedábanos por visitar la famosa laguna de Tota, objeto de maravillosas fábulas desde tiempos antiguos, y hoy dominada por los pobladores de sus márgenes, menos crédulos que las gentes de antaño.